

EL ALTO COSTE DE UNA LIBRA BARATA

JAMIE WHYTE*

Todos los días, usted puede leer algún comentarista económico o político celebrando el hecho de que Gran Bretaña ha mantenido su propia moneda en lugar de unirse al asediado euro.

Esto, según reivindican, ha permitido que la libra esterlina pierda valor, por lo que los productos británicos resultan más baratos para los extranjeros y, de ese modo, se estimula el crecimiento de las exportaciones. El argumento es que si Grecia y Portugal tuvieran su propia moneda nacional y no tuvieran la carga del euro, podrían seguir el mismo camino hacia la recuperación económica.

Al igual que la opinión económica estándar de comentaristas y políticos, esta es una idea necia. Cuando la libra esterlina se devalúa los exportadores británicos se benefician. O bien reciben más libras a cambio de las ventas denominadas en moneda extranjera, o cae el precio en moneda extranjera de sus productos y venden más. Pero esta ganancia de los que venden a los extranjeros se compensa por la pérdida de los que compran a los extranjeros, que ahora deben pagar precios más altos. Las devaluaciones de divisas proporcionan efectivamente un subsidio para los exportadores financiado por un impuesto a los importadores.

Si usted se preocupa más por los exportadores que por los importadores, tal vez porque usted mismo es un exportador, es posible que celebre este resultado. Pero si es un espectador neutral, como seguramente son los comentaristas económicos y políticos, esta transferencia de riqueza de los importadores a los exportadores no debería ser una fuente de alegría para usted. En general, los británicos no están en mejor situación.

* Consultor empresarial y autor de *Crimes Against Logic* (McGraw Hill, 2004). Publicado en *The Wall Street Journal*, 17 de mayo de 2011.

Traducción a cargo de María Blanco (Universidad San Pablo CEU).

Pero los nacionalistas de la moneda reclaman que las exportaciones crean puestos de trabajo en Gran Bretaña, mientras que las importaciones crean puestos de trabajo en el extranjero.

Tal vez sea así. Cuando se devalúa la libra esterlina, la creciente demanda extranjera de bienes británicos crea trabajo en las empresas exportadoras. Por supuesto, los consumidores británicos tienen menos para gastar después de pagar más por sus importaciones, lo que reduce el empleo en el Reino Unido. Sin embargo, esta compensación puede ser en sí parcialmente contrarrestada por algunos consumidores dispuestos a cambiar las importaciones ahora más caras por sustitutos de fabricación británica. En definitiva, una devaluación de la moneda podría impulsar el empleo (por lo menos, hasta que la inflación empuje al alza los costos de producción y los precios de exportación).

Pero el objetivo de crear trabajo por este camino es perverso. El trabajo es un coste, no un beneficio. Si una devaluación de la moneda no influye nada en la riqueza global, porque es simplemente una transferencia de los importadores a los exportadores, al tiempo que aumenta la cantidad de trabajo de los británicos, lo que ha hecho es empeorar la situación de los británicos. Ningún individuo ni ninguna población se benefician trabajando más para consumir la misma cantidad de bienes y servicios.

Al igual que cualquier impuesto a la importación o de las subvenciones a la exportación, las devaluaciones de la moneda interfieren con las señales de precios que dirigen los recursos hacia sus usos más productivos. Los negocios de exportación reciben un impulso gracias a las ganancias que atraen capital y trabajo hacia ellos. Pero nada ha cambiado realmente, las empresas exportadoras no están haciendo ningún mejor uso de los recursos del que hacían antes de la devaluación. La devaluación, más bien, desvía recursos. Si se aumenta el empleo, se ha logrado sólo haciendo el trabajo menos productivo.

Los luditas que una vez sostuvieron que debemos proteger nuestros puestos de trabajo resistiendo ante los avances en la tecnología que ahorran mano de obra son justamente considerados como tontos por los vendedores ambulantes de la sabiduría económica convencional de hoy. Ningún comentarista británico o político ha sugerido un impuesto sobre las computadoras para

aumentar el empleo para los archivistas o la prohibición de lavadoras para crear puestos de trabajo para empleadas domésticas. Sin embargo, sus amadas devaluaciones de la moneda no son económicamente diferentes, son sólo otra forma de fomentar puestos de trabajo improductivo.

No es sólo la depreciación de las monedas nacionales flotantes lo que tienen este efecto perjudicial. Si las ventas al exterior de bienes producidos en Gran Bretaña aumenta, entonces la demanda de libras esterlinas y, por tanto, su valor también se incrementará. Esta apreciación de la libra reduce las ganancias que los exportadores de otra manera ganarían y así debilitan la señal de precios de los recursos que de otra forma destinarían a estas industrias de exportación exitosas.

El amor por la flotación de las monedas nacionales, y el desprecio por el euro, son, a menudo, como insignias exhibidas con orgullo por aquellos a los que les gusta pensar en sí mismos como partidarios del libre comercio y las economías de mercado. La facción abiertamente partidaria del libre mercado del Partido Conservador británico está especialmente interesada en la libra. Sin embargo, la eficacia de los resultados del comercio depende de la exactitud de las señales de precios, que se ven socavados por tipos de cambio flexibles.

Tampoco las monedas nacionales son producto de los mercados libres. Son producto de privilegios monopólicos concedidos a los bancos que emiten el dinero nacional, como el Banco de Inglaterra y la Reserva Federal de EE.UU.. Y así como los Ladas de la época soviética no eran la clase de automóviles que los consumidores con capacidad de elección habrían comprado, las monedas nacionales no son el dinero que un consumidor con opciones en esa cuestión usaría. ¿Quién quiere realizar transacciones en monedas cuyo valor va cambiando?

El nacionalismo económico no promueve la prosperidad. Dejando a un lado a los pocos amantes de la pobreza, políticos y economistas dicen saberlo. Por desgracia, siempre lo olvidan cuando se trata del dinero.